

las corporaciones más doctas y más respetables, pueden errar, y yerran. Hace años que un habilísimo falsificador engañó á una academia de sabios, y logró vender al Museo de una de las naciones más potentes y civilizadas de Europa un objeto forjado por él mismo, con suma destreza: tratábase nada menos que de un manuscrito del Génesis, el Exodo, el Deuteronomio y el Libro de los Números, ¡manuscrito contemporáneo de Moisés! Y el tal manuscrito estaba sobre tiras de cuero... del mismo cuero de que se harían las guarniciones del coche del ministro que firmó la orden de adquisición. Y se pagaron por aquellos recortes de suela miles de libras esterlinas. A bien que en Francia descubrieron el fraude: poco que se rieron de sus vecinos.

Insisto en que yo—aunque valga tres caminos mi *exequatur*—doy por bueno y genuino todo cuanto en nuestra Exposición se admira. Paréceme que—descontando casos extraordinarios, como el de los antedichos recortes de suela—un objeto de

arte no compensaría el trabajo que costase falsificarlo. Por otra parte, la procedencia de lo más hermoso y rico que se ve en la Exposición, es garantía de autenticidad. Ni en las casas de la grandeza, ni en la Real, ni en nuestras catedrales é iglesias, cabe sospechar que se guarde cosa que no sea verídica y contrastada.

El Padre Fita y D. Juan Catalina se pasan el día en la Delegación, bregando con expositores y curiosos, examinando, clasificando, preparando el futuro Catálogo, que será joya inestimable para consultada cuando estos tesoros se dispersen otra vez. Por las mesas de aquella oficina andan esparcidos azulejos, códices, aquí un cacharro “de reflejo,” allá un Cristo de marfil: arrimado á una esquina divísase formidable lanzón ó recio montante: una estatua desnuda tirita al lado de una arquilla árabe: un retrato frunce el ceño á una linajuda ejecutoria...

No quiero dejarme tentar: no quiero olvidar que he ofrecido hablar primero de la Exposición americana, y en ella pene-

tro, yendo hacia América como quiso ir el Descubridor: por Portugal.

Esta pequeña nación ibérica, tan grande en su pasado, ocupa dos salas del palacio, las primeras entrando, á mano izquierda, por el paseo de Recoletos; salas donde juntos se exhiben objetos de arte retrospectivo europeo, y objetos de arte retrospectivo americano. La idea que ha presidido á la organización de las dos salas es manifestar, no sólo el grado de cultura y civilización de Portugal durante los siglos xv y xvi, sino muy principalmente que la índole del pueblo portugués es todavía, al presente, esencialmente aventurera y marina. Inteligencia suma revela la elección de los libros y papeles que componen sección documental y bibliográfica, donde figuran, al lado de estudios recientes tan hermosos como el leído por Oliveira Martins en el Ateneo de Madrid, reimpresiones y facsimiles de documentos antiguos, que se custodiaban en el Archivo nacional de la *Torre do Tombo*, y ediciones de manuscritos tan

raros como el de Duarte Pacheco Pereira, así como cartas y mapas de gran valía histórica, y libros como el de *Marinería* y el de las *Naus*.

Los objetos americanos que expone Portugal son pocos. Descuellan entre ellos las máscaras y capacetes de guerra. Con el esqueleto de un ave formaban los indios temeroso casco, que recuerda los de las primeras épocas feudales, el legendario del Caballero del Cisne, y la histórica *Senyera* de Jaime de Aragón. Y otro casco elegantísimo, de griega forma escultural, trae á la memoria las hazañas de Aquiles, el de los piés veloces. ¡Qué singular este casco, cuyo modelo parece tomado de un vaso etrusco! Yo creo que la arqueología americana, bien interpretada, habrá de demostrar plenamente la identidad originaria y la antigua convivencia de las razas indo-europeas y americanas primitivas. Los mitos cosmogónicos y las truncadas revelaciones que balbucen estos objetos peregrinos desenterrados en guacas y cavernas, llega

rán á interpretarse—ó mucho me engaño—en el sentido de la más estrecha fraternidad de los dos mundos.

Un gracioso *bibelot* son las calabazas pintadas al estilo italiano, posteriores á la Conquista. La cerámica brasileña precolombina es ruda, pero no le falta cierta dignidad en su sencillez. Parécese en el colorido á los vasos griegos de las primeras épocas.—Hay un lindo *specimen* de arte plumaria: un manto de guerrero, manto hecho de plumas amarillas con franjas rojas. Las plumas son de un pájaro negro que sólo tiene en su corpezuelo dos plumas de color amarillo; ¡supóngase qué hecatombe de pájaros negros representa el manto!

No son tampoco muchos en número los objetos de arte retrospectivo europeo que se ven en la sección portuguesa, pero elegidos con buen tino para dar idea cabal de los rasgos peculiares del arte portugués. No podía faltar, en primer término, la orfebrería, en que los portugueses desuellan. Llaman la atención, por la pro-

fusa riqueza de figuras que lucen, los platos de *gomil*. Yo no sabía qué era *gomil*, y como á mis lectores puede que les suceda lo mismo, diré que por *gomil* se entiende lo que en Francia por *aiguière*, y que en España no sé cómo llamar, pues ni es propiamente *jarra*, ni *ánfora*, sino un jarrillo de muy elegante hechura, largo y airoso, con tapadera y asa retorcida é historiada. Otro plato es digno de atención, porque representa costumbres brasileñas y se asemeja mucho á la manera de entender la labor de la plata que hoy se advierte en los artistas de la India Inglesa.

Las alfombras, mesas, contadores, arcas y bordados, tienen su mérito, pero lo que me parece de primer orden, si no por su interés histórico, por su belleza intrínseca, es el misal de Esteban González. Imaginaos á Rafael miniando, miniando con delicadeza exquisita, sin perder nada de las cualidades que le distinguen y le colocan á tal altura, la perfección del diseño, el vigor de la entonación y la bri-

llantez del colorido fresquísimo; eso es el misal de Esteban González; una serie de cuadros de Rafael, vistos por unos gemelos de teatro cogidos al revés. Bien se puede asegurar que el artista lusitano le ha bebido el alma al creador de *La Perla*.

La sección pictórica portuguesa consta de *ocho cuadros*, todos notables por algún estilo. El retrato contemporáneo y auténtico de Vasco de Gama, nos hizo sonreír pensando qué de calumnias arrojan sobre el honrado navegante los libretistas de ópera, convirtiéndole en Tenorio de mulata. Vasco de Gama, á juzgar por su retrato, debió de ser el señor más bonachón y respetable del mundo. Verdad que á veces engañan las apariencias. No es mi propósito defender la virtud de Vasco de Gama; acaso fuese un pillo; sólo digo que no tiene trazas de tal.

Hay profundo sentimiento religioso en la imagen del Buen Pastor que el crítico inglés Robinsón considera muestra cumplida de la escuela de Viseo; pero lo mejor de la sección son dos tablas pintadas

por ambos lados, que representan las bodas de Don Juan III con la reina Doña Leonor, la bendición nupcial, y el desembarque y entrada en la iglesia de la Madre de Dios de las reliquias de una santa, Santa Auta, que declaro me era perfectamente desconocida hasta la fecha, y que, sin embargo, ha conseguido espléndida apoteosis por obra del pincel de un gran artista desconocido. Las figuras son primorosas; imposible pintar con más delicadeza ni con más sentimiento; pero sobre todo, me cautivan los ropajes y accesorios. En esta parte, el valor documental de las tablas es inestimable. El fausto, la elegancia y la dignidad de aquel modo de vestir, nos avergüenzan, hoy que tan pobremente cubrimos nuestro cuerpo, y recuerdan el soneto de Moratin padre, que empieza así:

¡Qué lazos de oro desordena el viento
entre garzotas altas y volantes!
¡Qué riqueza oriental, y qué cambiantes
de luz, que envidia el sacro firmamento!

Allí sí que los personajes (á las tablas

portuguesas sigo refiriéndome) arrastran vestiduras, "tintas de preciado múrice y recamadas en torno de perlas que produjo el centro frío," Diríase que el mundo donde se agitan esas figuras hieráticas es un mundo de sueño y químera. Sin embargo, detalles minuciosos y menudencias rigurosamente históricas se observan, — como la de la red de pesca que tomó por atributo heráldico la reina Doña Leonor, desde que los pescadores de Ribatejo le llevaron en ella el cadáver del amado hijo — que nos pueden probar que el pintor nada fantaseó, copiando prolijamente, al estilo flamenco, el mundo que le rodeaba, con sus colores, sus líneas y su espíritu. Estas bellísimas tablas se exponen por primera vez al público, y los mismos anticuarios y aficionados de Portugal las desconocían. En el siglo pasado, un monarca portugués las condenó á figurar como *panneaux* ó recuadros en un mueble, y cortó los piés de las figuras, embutiendo lo que restaba en horrible moldura barroca.

Entre lo que más interesa en las salas de Portugal, indico la sección marítima. Ese pueblo es grandioso por el mar, é indudablemente tiene algo de la gaviota ó del albatros: su patria es el Océano infinito. Sorprende tanta copia y variedad de modelos de embarcaciones de cabotaje y pesca y de almadías, notándose cómo en bastantes de ellas persisten las formas de las triremes helénicas, de las galeras romanas y de las carabelas medio evales; en otras, la esbelta hechura de la góndola veneciana, con su misterioso toldo y su aguda proa; en ésta la vela griega, cuadrada y resistente; en aquéllas la triangular é impulsora vela latina, y el complicado aparato de las velas menores, palpitantes como alitas de pájaros.

En armonía con los modelos de barcos que demuestran, sin que quede duda, el genio marino del pueblo portugués, está la decoración original y graciosísima, anunciada ya desde la puerta por un olor tónico y delicioso. En sentido figurado como en realidad, la Exposición portu-

guesa huele á gloria,—porque huele á brea, á cordajes, á puerto, á mar, para decirlo de una vez.

El elemento de la decoración es la cuerda. Ejecutáronla marineros de la Real Armada portuguesa, y está inspirada en los motivos y emblemas arquitectónicos nacionales de la época del Renacimiento. Los lazos de cable, armados con boyas de corcho, que guarnecen las escocias del techo de la sala grande, son tema que abunda en las construcciones del siglo xv y del xvi, y la curiosa y típica decoración de la puerta de entrada de la misma sala, reproduce el pórtico de la iglesia de la Madre de Dios en Lisboa; pórtico que vemos reproducido en el cuadro que representa la entrada procesional de las reliquias de Santa Auta en el monasterio de la reina Leonor. Diríase que, para los portugueses, la idea de lo que llamó Oliveira Martins "la aventura geográfica," va inseparablemente unida á la idea religiosa; son el pueblo que da por pedestal á la imagen de San Antonio, el santo de

los navegantes, una esfera armilar; son el pueblo que, con el cable de sus navíos, amarra sus monumentos, y que hace del retorcido calabrote uno de los motivos decorativos más galanos que existen.

Los marineros gastaron cortísimo tiempo, creo que diez días, en ejecutar la complicada y artística decoración de las dos salas. Lo que la completa y realza son los grandes y aparatosos jarrones y azulejos de Caldas da Rainha. Azules intensos como los cielos que en las olas se reflejan; verdes pálidos y cambiantes como los de las mismas olas; algas cobrizas que se enroscan como serpientes; gladiolos y plantas acuáticas que yerguen sus lanzas agudas; anguilas glutinosas; ranas insolentes; mariscos en apetitosa mezcolanza, entreabierto la ostra, agazapado el cangrejo; peces de irisadas escamas, de rosáceos matices; finos lechos de arena; negruzcas y embrolladas redes; tales son los colores y los asuntos de la cerámica de Caldas da Rainha, y no cabe adorno que mejor armonice con el tono general

de la Exposición portuguesa. Los platos de Palissy, — es evidente — han inspirado esta cerámica: sólo que en Portugal se hizo más marítima aún, como si la impregnase el salitre y la bañase continuamente el oleaje de la costa.



EL ESTRENO DE «MARIANA», DE ECHEGARAY]

Ó CUANDO LOPE QUIERE... QUIERE

I

TAL vez recordarán los lectores del NUEVO TEATRO CRÍTICO que hará cosa de medio año, hablando de dos obras de Echegaray que fueron un fracaso y un semifracaso (*El hijo de Don Juan* y *Sic vos non vobis*), alabé explícitamente el intento de buscar nuevos rumbos, de probar y tantear todos los géneros y de aventurarse por todos los caminos, pues estas tentativas, realizadas por un hombre del valer de Echegaray, si una vez son felices, pueden renovar nuestra escena en sus mismos manantiales. Al manifestar este criterio y refiriéndome á *Las vengadoras*, de Sellés, dije también que el pe-